
La Vista de los Ciegos

José Fernández Bremón

textos.info

biblioteca digital abierta

Texto núm. 8376

Título: La Vista de los Ciegos
Autor: José Fernández Bremón
Etiquetas: Cuento

Editor: Edu Robsy
Fecha de creación: 1 de agosto de 2024
Fecha de modificación: 1 de agosto de 2024

Edita textos.info

Maison Carrée
c/ des Ramal, 48
07730 Alayor - Menorca
Islas Baleares
España

Más textos disponibles en <http://www.textos.info>

En una habitación casi desamueblada, dos pordioseros de edad madura y ambos ciegos comían unas tajadas de bacalao y un pan grande, partido en dos pedazos desiguales. Aunque no necesitaban luz para cenar, la de un farol de gas, penetrando por una claraboya, hubiera permitido ver a otro cualquiera dos camas raquílicas tendidas en el suelo; la una compuesta de colchón, manta y almohada, y la otra sencilla, de un triste jergón: una guitarra colgada de un clavo y seis robustos báculos al lado de la cama principal, y el desamparo de la otra: el diferente tamaño y aun calidad de las raciones que engullían dejaban comprender que si a primera vista parecía reinar allí la igualdad de la miseria, la actitud altiva y humilde de uno y otro ciego demostraba que eran dos pobres de distinta posición.

Golpearon a la puerta y dijo el ciego que comía el bacalao con más espinas:

—¿Abro, mi amo?

—¿Abrir, dices? ¿Acaso tienes la llave? ¿Sabes quién llama y a qué viene?

—Los golpes redoblan.

—¡Calla!

—¡Tiburcio! ¡Tiburcio! —repetían desde fuera.

Sin duda Tiburcio conocía la voz, porque se dirigió a la puerta y dijo:

—¿Quién es?

—¿No conoces a tu amigo Roque?

—Oigo su voz; pero ¿vienes solo?

—Solo y muy solo; la nieve cubre el suelo y no me atrevo a ir hasta mi casa. ¿Quieres prestarme tu lazarillo? Pronto volverá, que vivo cerca.

Tiburcio se determinó a abrir a medias la puerta, dando paso a otro ciego que llevaba vihuela, báculo y zurrón.

—Entra —le dijo—, que hace frío.

—¿Para qué? —respondió Roque—. Me basta con que él salga.

—Entra, o cierro.

—Como quieras.

—¿No te sigue nadie, Roque?

Y Tiburcio, después de palpar a su amigo, sondeó el espacio con su palo, y cerró la puerta con llave.

—¡Cómo! ¿Cierras con llave y cerrojo?

—Abriré otra vez si quieres y te perderás entre la nieve.

—¿Has despedido ya a tu lazarillo? —dijo Roque con tristeza—. ¿No está aquí?

—¿Que si está?... Responde, Juan.

—Aquí estoy por mis pecados —respondió con voz humilde el ciego de la media ración.

—¿Quieres acompañarme? —repuso Roque, volviéndose hacia el sitio en donde sonaba la voz.

—Como no sea para dar en el abismo...

—No te entiendo.

—Pues es fácil —dijo Tiburcio cortando aquel diálogo—,

estas cosas no le pasan más que a mí; ya sabes que había encargado un lazarillo...

—No se ha hablado de otra cosa hace una semana entre los nuestros, y no se ha murmurado poco de ese lujo.

—Pues bien; se me presentó este tunante y le ajusté en un real diario, comida, cama y un cuartillo cada noche.

—Aprieta; según eso, eres rico, Tiburcio.

—Tengo buena garganta, buena memoria y buenas manos; sé las oraciones de todos los santos y las vidas de todos los ladrones famosos, para dar gusto a mi parroquia.

—No te lo niego —dijo Roque con envidia—, pero hay quien sabe todo eso y tiene voz y no podría hacer ese ajuste a un lazarillo.

—Buen lazarillo nos dé el perro de Mahoma: el primer día que me guió me hubiera hundido en una cueva a no ser por mi bastón. Es tan ciego como nosotros.

—¿Cómo lo sabes?

—Lo confesó cuando le tendí de un estacazo.

—Y tú, mal hombre —dijo Roque colérico—, ¿qué te proponías?

Juan dijo entre suspiros:

—¿Qué se había de proponer un pobre ciego que no sabe tocar ni cantar? Ganar la vida.

—¿Y le conservas a tu lado, Tiburcio?

—Y soy su lazarillo, porque tiene menos maña que yo para andar por esas calles.

—¿De modo que no puede guiarme? ¿Y dónde voy con esa

nieve?

—Quédate a dormir en su jergón; y que Juan duerma en su capote.

—Dios te lo pague, Tiburcio. Juan no se desconsuele, que cabremos los dos en esa cama: soy estrecho y no me muevo. Pero qué bien huele esa cena; bacalao frito... ¿Llego a tiempo?

—¿Traes la bota?

—No la suelto nunca; es mi única familia.

—¿Y de cenar?

—Pan y longaniza.

—¿Quieres que promiscuemos?

Sacaron las facas, cambiaron las tajadas y la bota corrió de mano en mano.

—Caramba —decía Roque a cada vuelta—, echáis tragos de a cuartillo. Ya no valsa más.

—Otra ronda.

—Es la última —dijo al soltarla—, ¡eh!, tardáis mucho: ¿te has dormido bebiendo, Tiburcio?

—Si ya la tiene Juan.

—Devuélvemela, borracho, pero... ¿qué es esto? Sólo me queda un trago: os habéis bebido las dos azumbres, que me duran una semana.

—¿Y qué importa —respondió Juan—, si ese vino milagroso me ha devuelto la vista y me atrevo a guiarle a usted por esas nieves?

—¿Que tienes vista? —replicó Tiburcio—. ¡Perro! Dime

entonces qué cara tengo y cómo soy.

—Feo de cara, tacaño y sinvergüenza.

—¡Ah ladrón: voy a darte un estacazo!

—¡Quietos! —replicó Roque interviniendo.

—¡Feo de cara! —repetía Tiburcio—. ¿Y cómo es la tuya con esa boca de tiburón y esa naricilla de garbanzo?

—Yo no tengo pelos hasta en los ojos y la lengua como usted.

—La verdad es —dijo Roque— que hacéis los dos muy parecido vuestro retrato.

—¿Y cómo lo sabe usted siendo ciego? —preguntó Juan con mal humor.

—Porque, como dijiste, este vino es milagroso, y aclara los ojos. Además, no hay ciego que no tenga algún ahorro de vista para vigilar a los amigos. ¡Pillos! ¿Creéis que no os he visto mirar de reojo a Juana la tabernera?

—Y en último caso —respondió Tiburcio—, ¿qué te importa?

—Es que os prohíbo que la miréis; estoy ciego por ella.

—¿Y no la miran todos los parroquianos?

—Ésos no me dan cuidado.

—¿Y no la pellizcan?

—Ya lo creo; por eso necesita un marido ciego, y ése he de ser yo.

—O yo —repitió Tiburcio.

—No, sino yo —duplicó Juan.

—Pues que los báculos decidan.

Y enarbolando los tres ciegos sus garrotes, empezaron a sacudirse con tal método, que los vecinos creyeron que ensayaban una danza de palillos. Después cesó el ruido y sólo se oyeron al fin los ronquidos de dos o tres personas.

Conclusión

—¡Ea! —dijo Tiburcio al despertarse—, estoy lleno de coscorriones; Juan, puesto que ves, llévame a la Casa de socorro.

—¿Ver? Eso es lo que quisiera; también estoy molido; el señor Roque es el que tiene vista.

—¿Yo? Lo que tengo es una corona de chichones.

—¿No dijiste anoche que veías?

—Sí; pero necesito para ver lo menos tres cuartillos. ¿Qué hacemos hoy con esta nieve?

—¿Qué hemos de hacer? Ir a ver a Juana.

Como la taberna estaba al lado, allí entraron los ciegos. Era su casa de socorro. Juana, en el mostrador, daba órdenes y respondía a los saludos.

—Tú eres el lazarillo —dijo Tiburcio a Juan—, siéntate de espaldas: nosotros en el sitio preferente.

Y mezclado el vino con un plato de callos, continuó la conversación y la borrachera, que el sueño había interrumpido. A la media hora exclamó Roque:

—Ya veo a Juana.

—Yo la estoy viendo hace tres copas —dijo Tiburcio—. Es blanca y rubia.

—No; que es morena y pelinegra.

—Te equivocas.

—Pregúntaselo a Juan.

—Yo —respondió Juan— no la veo todavía.

—¡Mozo! Un cuartillo a cada uno para aclarar la vista —dijo Roque.

—A mí que me traigan una azumbre —añadió Juan.

—¡Ah! ¿Una azumbre a un simple lazarillo?

—Por eso mismo que lo soy me habéis puesto de espaldas y necesito más vino que vosotros para verla.

José Fernández Bremón



José Fernández Bremón (Gerona, 1839-Madrid, 1910) fue un escritor, periodista y dramaturgo español.

Huérfano de padre y madre desde muy niño, vivió en Madrid desde los tres años educado y criado por su tío José María, quien le inició en el mundillo literario. Emigró a Cuba y México, donde habría hecho fortuna por su laboriosidad y talento natural de no haber deseado ardientemente volver a

su patria; ya en ella fue colaborador de El Globo, El Bazar (1874-1875), Blanco y Negro (1891 -1892), El Liberal, El Diario del Pueblo y Nuevo Mundo; fue redactor de La España, que luego dirigió, así como de La Época y La Ilustración Española y Americana; en esta última publicaba una "Crónica general" a la semana comentando los sucesos de actualidad con sátira ligera e ingenio, pero siempre sin decir las cosas a las claras. Denunció, por ejemplo, el interés de las potencias occidentales en ocultar los desmanes y crueldades de Turquía en Bulgaria. Ironizó también la habitual treta de valorar más las apariencias que las esencias en poemas como "Dar liebre por gato" y otras veces descubrió plagios literarios. Otros poemas suyos fueron recogidos en El libro de la Caridad (1879), según Cossío.

Afiliado siempre al Partido Conservador, fue un periodista con gracia particular, oportuno en la anécdota y la broma. Su escepticismo aparente era más bien benevolencia tolerante. Asiduo de la tertulia de María de la Peña, baronesa de las Cortes, sostuvo con Leopoldo Alas "Clarín" una sonada polémica en 1879 que abarcó más de veinte años; Clarín le achacó la culpa de la estruendosa silba que acogió su drama Teresa y le llamó "el Himeto de la crítica en cuanto a dulzura"; por eso fue blanco predilecto de sus Paliques junto a autores como Peregrín García Cadena. Bremón correspondió atacándole cuando vino a dar una conferencia al Ateneo de Madrid en 1886 y en otras ocasiones. Sin embargo, habían sido amigos y ambos se apreciaban como escritores.

Sus Cuentos (1879) fueron muy apreciados y han sido recientemente reimpresos (Un crimen científico y otros cuentos, Madrid: Lengua de Trapo, 2008). En plena época del Realismo, le interesa la fantasía per se y presagia la literatura de ciencia-ficción o ficción científica no ocasionalmente, sino en dos de sus cuentos, "Un crimen científico" (1875) y "M. Dansant, médico aerópata" (1879), que son los mejores de este género en la España del XIX; el primero narra los experimentos de un médico para hacer ver a los ciegos, con marcado aire gótico; el segundo cuenta un

rentable timo. En otros imita lo mejor de Charles Dickens. Otras narraciones son Siete historias en una: cuento (Madrid: Imprenta y Estereotipia de El Liberal, 1885) y Gestas o El idioma de los monos (Coruña, 1883). Al teatro lleva un fino humorismo sentimental que no llega nunca a caer en la sensiblería, a pesar de que no llegó a tener éxito con su producción dramática, en la que destacan obras como Dos hijos, Lo que no ve la justicia, Pasión de viejo, El espantajo (1894), Pasión ciega, Los espíritus, El elixir de la vida y La estrella roja (1890). Jordi Jové encuadra su postura filosófica dentro del positivismo comtiano en boga en la época.